



La densidad del poder y su lectura

Unas palabras sobre
Masa y poder de Elias Canetti

Gerardo Piña

AHORA QUE EL ENSAYO LITERARIO ES TANTO Y TAN variado, vale la pena sopesar algunas de las enseñanzas del arte de ensayar con una visión de largo aliento, de totalidad, en esa línea que une los trabajos de John Locke, Richard Burton, Marx y Russell por mencionar a algunos.

La primera sería el método para investigar: dado que es imposible agotar cualquier tema por nimio que parezca, la labor del ensayista será leer los discursos que a su juicio sean los más relevantes sobre el tema. La segunda es el rigor: no basta con leer e informarse. Después de la criba viene la lectura atenta que invita a la glosa, a las notas urgentes y mentales, a la tensión de una red de referencias que cada vez se hace más estrecha y sólida a fuerza de haberse depurado. La tercera y más importante (aunque menos frecuente): la autocrítica implícita. Si hablar de objetividad en el discurso filosófico, literario o antropológico es poco menos que una contradicción, al menos se puede pedir que quien elabore un discurso de



Elias Canetti



este tipo lo haga con un intento serio y honesto de no dar por sentado que su cultura, religión, clase social, etcétera, son incuestionables. En estas tres enseñanzas, Elias Canetti (1905 – 1994) era un maestro. *Masa y poder* (1960) es un libro que nunca podrá ser sopesado lo suficiente. Y no me refiero a la contundencia de sus poco más de seiscientos sesenta páginas, sino a la profundidad del análisis de dos fenómenos tan cotidianos y antiguos de la humanidad: la estructura y comportamiento de las masas y las manifestaciones y causas del poder.

Ningún libro puede escapar al contexto en que fue escrito y publicado, a lo que la escuela alemana llama su recepción y “horizonte de expectativas”. Es decir, a lo que el público lector puede inferir que será el contenido de un libro de acuerdo con las lecturas previas y al contexto en que el mismo surge. Y que un texto conserve la impronta de su autor y de su tiempo no sólo es inevitable, es parte del texto y por tanto de sus consecuencias. Sin embargo, cuando el desarrollo del tema del texto trasciende por mucho un contexto específico o una elección sincrónica del devenir histórico, el texto excede nuestro horizonte de expectativas

y nos revela algo de todas nuestras lecturas previas, algo de nosotros mismos y del porvenir.

Tras leer *Masa y poder* ocurre una amarga conclusión que pocas veces se experimenta en la lectura: que varias de las cosas que quisiéramos cambiar de nuestra sociedad sencillamente no pueden alterarse porque forman parte de nuestras costumbres, sí, pero también de nuestros genes. Canetti no utiliza el término, pero *Masa y poder* es un análisis epigenético de la violencia.

Alguien podría preguntarse cuál es el punto de leer un libro cuyas conclusiones son que las masas no dejarán de existir, que el poder buscará siempre dominarlas, que la violencia es una cadena interminable de agujones enterrados de los que todos hemos sido víctimas y victimarios al tratar de despojarnos de los que tenemos hundidos hasta los huesos. ¿Para qué leer un libro en el que sólo se reconoce que para cometer crímenes obedeciendo una orden es necesario volverse otra persona, que los poderosos son dementes, que cargamos a nuestros muertos y su peso es a un mismo tiempo fuerza y lastre y que aun así tenemos el deber de mantener la integridad, prevenir el crimen e impedir que la historia se repita?

Sea cual sea el ángulo desde el que se la contemple, la orden, en la forma compacta y acabada que, después de una larga historia, tiene hoy en día, es el elemento aislado más peligroso para la convivencia humana. Hay que tener el valor de enfrentarse a ella y hacer temblar su poderío: hay que encontrar los medios y las vías para que el hombre mantenga su integridad frente a ella. No debemos permitir que nos rasguñe más que la piel. Sus agujijones deberán convertirse en espinas de las que nos podamos desprender con un leve ademán.¹

Aventuro una respuesta: porque leer este libro nos permite reafirmar muchas ideas de lo que a veces hemos llamado en un alarde de facilismo “condición humana”, pero con argumentos, y eso cambia nuestra óptica de la Historia, nuestra percepción del presente. Leer *Masa y poder* es realizar un viaje a las entrañas de lo que no queremos reconocer como seres sociales por más que la Historia nos muestre ejemplos.

Quien quiera dominar seres humanos intentará rebajarlos, privarlos arteralmente de su resistencia y sus derechos hasta tenerlos impotentes a sus pies, como animales. Y como animales los utilizará; aunque no lo diga, *en su interior* siempre tendrá muy claro lo poco que significan para él; en la intimidad, se referirá a ellos como ovejas o reses. Su objetivo último será siempre succionarlos y digerirlos. Le es indiferente lo que de ellos quede. Cuanto peor los trate, más los despreciará. Y cuando ya no sirvan para nada, los desechará furtivamente como excrementos y se encargará de que no apesten el aire de su vivienda (326).

Después de leer la obra magna de Canetti uno no puede sino escuchar los ecos simultáneos de textos como *El malestar en la cultura* de Freud, *La ideología*

alemana de Marx o *El origen de la tragedia* de Nietzsche; obras en las que el subtexto (nuestros deseos más inconfesables, nuestro lado apolíneo, la influencia que los procesos de producción tienen en nuestro imaginario) aparece ante nosotros más como el desarrollo de un tema musical en una sinfonía que como una sorpresa. Porque al principio de este voluminoso ensayo, Canetti no parece decir nada nuevo para un lector actual: “En la frecuentación regular de la iglesia [...] se le garantiza a la masa algo así como una experiencia domesticada de sí misma”, afirma Canetti al analizar el caso particular de la masa que conforman los fieles; una masa controlada que facilita el desfogue de las personas sin comprometerse con una ideología propia. “El cumplimiento de estas funciones en períodos de tiempo ya fijados sirve para compensar necesidades de índole madura y violenta (77)”. Poco más adelante nos recuerda el autor por qué se fue perdiendo la masa del cristianismo: “La desintegración de la masa lenta del cristianismo se inició en el momento en que la fe en ese más allá empezó a desvanecerse (105)”. Por supuesto, Canetti no imaginaba que dicha masa recobraría mucha de su densidad con bastante fuerza en los primeros años del siglo XXI.

Pero a medida en que uno se adentra más en el universo de *Masa y poder* las constataciones, la comprensión de cosas que estaban frente a nosotros, pero en las que no habíamos reparado surge cada vez con más fuerza:

[En gaélico escocés] la palabra *gairm* significa “grito, llamada” y *sluagh-gairm* era el grito de guerra de los muertos. Más tarde se convirtió en la palabra *slogan*: el nombre que recibe el grito de guerra de nuestras masas modernas deriva de los ejércitos de muertos de las Tierras Altas (107).

¹ Elias Canetti, *Masa y poder* [1960], Juan José del Solar (trad.), Debolsillo, Barcelona, 2005, 483-4.

Los muertos, nos recuerda Canetti, están con nosotros, pero su fuerza simbólica también trasciende nuestra mundana temporalidad. Una cultura como la mexicana, en la que supuestamente la muerte es un hecho aceptado y el día de los muertos es una de sus festividades más característica, no podría haber ignorado que “para la mayoría de nosotros, los ejércitos de los muertos se han convertido en una superstición vacua. Pero se considera noble y en absoluto ocioso pensar en la masa de los no nacidos, desearles el bien y preparar una vida mejor y más justa para ellos (111)”. No sólo casi nadie piensa hoy en los ejércitos de los muertos ni en su Historia, que es la nuestra; cuando se piensa en los que vendrán se suele abstraer y condensar esa presencia en un grupo de niños que poblarán el mundo como si fueran a conformar una eterna masa infantil, como si ellos no fueran a crecer y a hacer las mismas cosas que hacemos todos, que hemos hecho todos durante milenios.

Pero Canetti no se limita a señalar los puntos clave de la formación de nuestras estructuras de poder; extiende la mano como si fuera Tántalo y nos muestra que la idea de mejorar sustancialmente nuestro entorno es posible. Un primer paso es aguzar la mirada a lo que parece ya sabido, dejar de adelantarnos con premura a lo que tantas veces hemos dado por hecho, como al pensar en dos ejércitos enemigos en una guerra. “Si consideramos los dos bandos beligerantes, la guerra presenta la imagen de *dos masas doblemente entrelazadas* [...] el entrelazamiento se debe al hecho de que cada combatiente pertenece a la vez a *dos masas*”, dice Canetti, “a la de los guerreros vivos, para su propia gente; y a la de los muertos potenciales y deseables,

para el enemigo (143)”. Los muertos potenciales para el enemigo no son sólo trofeos o bajas necesarias para el triunfo de una guerra visto desde el ejército vencedor. La exposición de Canetti ahonda sobre algo que ya R.G. Collingwood llamaba “el pensamiento mágico” de los pueblos: los objetos son capaces de hacernos recordar momentos y evocar ciertas emociones; pero los recuerdos de los muertos son capaces de actualizar esas emociones. De este modo el pasado y el presente coinciden por la fuerza otorgada a quien sale dispuesto para la guerra.

Y es que no todo en *Masa y poder* gira en torno a los fenómenos sociales más amplios (e.g., cómo una muta deviene en comunidad y ésta en ejército). Abundan ejemplos en los que lo más sencillo no escapa al asombro con el que Canetti reviste nuestra cotidianidad. ¿Cuál pudo haber sido el primer recipiente de la humanidad y qué relación podría haber tenido con el lenguaje?

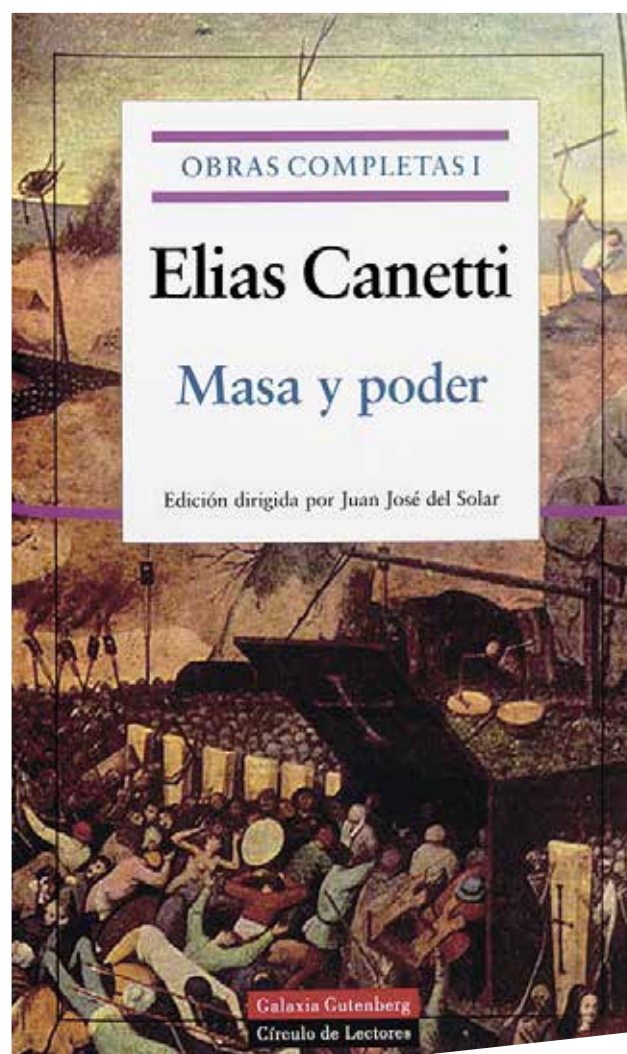
La mano que recoge agua es el primer recipiente [...] Los objetos tal como los concebimos, esos objetos a los que asignamos un valor porque los hemos hecho nosotros mismos, existieron primero como *signos de las manos* [...] *Palabras objetos* serían, pues, emanación y resultado de una sola experiencia unitaria, precisamente la de su *representación a través de las manos* (336).

Del lenguaje y su representación gestual, Canetti pasa hasta otro extremo de la línea que conduce su análisis sobre la conducta del poder y lo hace con la misma sencillez y sorpresa con las que habló de las características de las masas. Canetti regresa a cuestionar lo que

ya dábamos por sentado. Al hablar del poder como una enfermedad, el escritor búlgaro nos recuerda el síntoma arquetípico al respecto: la paranoia. La imagen de dictadores y emperadores paranoicos se presentan sin mucho esfuerzo. La idea del análisis de su mente o de los asesinos seriales, por ejemplo, como una posibilidad de estudiar conductas afines entre ellos y otras personas para prevenir el crimen, se ha propagado como una verdad. Sin embargo, tras presentarnos su interpretación sobre las *Memorias de un neurópata* de Daniel Paul Schreber, ex presidente del senado de Dresde, Canetti nos recuerda que

la paranoia es, en el sentido literal de la palabra, una enfermedad del poder [...] Un enfermo mental que, marginado, indefenso y despreciado, pasó parte de su vida recluido en una clínica, puede, por la información que nos proporciona, tener mucha más importancia que Hitler y Napoleón, e iluminar a la humanidad acerca de su maldición y de sus amos (632).

Esto es un riesgo por parte del autor. Difícilmente se podría convencer a algún psicólogo o psiquiatra que tuviera la oportunidad de escoger entre tener como paciente a Hitler o a un enfermo marginado y despreciado como paciente, que escogiera a este último. Pero las razones que ofrece Canetti para afirmar que este caso es el más iluminador han sido trabajadas con paciencia y precisión en la segunda parte del libro, la que está enfocada al poder y sus múltiples manifestaciones. Una manera de explicarlo aquí —y que no es sino una manera de empobrecer una serie de tesis por demás iluminadoras— es que la paranoia y sus principios no son mayores en un paranoico poderoso, puesto que todos estamos expuestos a esa paranoia y a los usos y abusos del poder. Hitler, Napoleón, *et al.*, han trascendido porque fueron los que se encontraron en el centro de una





serie de factores que los encumbraron (idea también ya ampliamente discutida por Tolstoi en *Guerra y paz*. La Historia no la hacen los generales ni los que se roban la atención, la hacen las personas comunes en su quehacer cotidiano, dice Tolstoi).

Canetti tiene un modo muy particular de esgrimir sus conclusiones y argumentarlas; se ha alejado ya de la tesis académica que trata de convencer a sus pares. Canetti se esfuerza con extremo rigor y sin dejar de lado la imaginación y el gusto por el lenguaje mismo con el que expresa sus ideas para discutir lo que piensa. No quiere imponer a nadie sus conclusiones. En su búsqueda por comprender la conducta de las masas y el poder, Canetti ha abarcado prácticamente cualquier escenario posible en nuestra sociedad desde el cual se asoman las masas, desde donde el poder se ejerce aun en situaciones tan pequeñas como la crítica literaria, por poner un ejemplo. Y vemos detrás de esas masas y de esos ejercicios de poder las palabras y las imágenes certeras con las que Canetti nos ha ayudado a comprenderlas, a entender nuestro papel como parte de ese binomio del que nadie escapa. Decir que *Masa*

y poder es un buen libro es no haber entendido uno de sus fundamentos: el juicio de valor, sobre todo el juicio de valor negativo de una obra literaria es poco menos que imposible, porque el mero acto de ese juicio nos obliga a situarla lejos y debajo de nosotros; nos condena a la subjetividad más evidente. Si no, ¿cómo podríamos valorarla?

El placer que produce el juicio negativo es siempre inconfundible [...] Es un placer duro y cruel que no se deja turbar por nada [...] No conoce clemencia ni cautela alguna. Se emite con rapidez; y la falta de reflexión es lo más adecuado a su esencia [...] Apartamos algo de nosotros, relegándolo a un grupo inferior, lo cual presupone que nosotros mismos pertenecemos a uno superior. Al rebajar nos encumbramos (439).

Ignoro cuántas generaciones seguirán leyendo esta obra, pero auguro que muchas y aspiro a que en una no muy lejana alguien pueda verdaderamente ponderar este libro como una suma obsoleta de la conducta humana, apenas recordable por sus valores estéticos. Aspiró a que esa generación ya no vea en su entorno los hechos atroces del pasado —de ese pasado que aún es nuestro presente— y que la sola idea de una estructura social basada en la violencia y su ejercicio como dominación de las masas sólo sea una mala idea, tema de un libro y poco más. ■■